

El asadito

“Si querés el aplauso para el asador, primero prendé el fuego” ostentaba el viejo todos aquellos domingos en la sobremesa familiar. Para papá el asado era un ritual que debía cumplir a rajatablas, casi tan importante como confesarse y tomar la comunión. Él era devoto de la virgen como mamá y no faltaba ni loco a la misa de nueve. Debía tener tiempo suficiente para su demostración gauchesca y culinaria.

Mis padres se habían casado en esa iglesia y me habían mandado junto a mi hermano al colegio de los curas con la sana intención de que fuéramos buenas personas y correctos feligreses. Con el primer objetivo creo que más o menos cumplimos, pero con el segundo apenas nos hacíamos la señal de la cruz cuando pasábamos por la puerta del templo.

A las diez treinta, papá ya había preparado una estructura geométrica hecha con carbón, papel de diario y maderitas simétricamente ubicadas en el centro de la parrilla para que cuando llegase con mamá de su obligación dominical solo fuese necesario buscar la caja de fósforos e iniciar la ceremonia. Era imperioso que tanto mi hermano con su esposa y como yo con mi familia estuviésemos a las doce treinta bien puntuales para poder disfrutar de su especialidad, el asadito del domingo. Para mi hermano y para mi era todo un compromiso inevitable, pero para nuestra esposas que además eran vegetarianas era un acontecimiento insoportable. Para matizar el mal momento que ellas tenían que atravesar, mamá preparaba ensaladas de lo más extrañas con tal de darles un pequeño gusto. Pero... la perra de

mi cuñada, en voz baja para que el viejo no la escuchara, no se cansaba de mandar comentarios agresivos relacionados con la matanza de animales y el recalentamiento global como si ese asadito fuese la chispa necesaria para que ese lunes acabara el futuro del planeta.

Como parte del rito, el sábado papá iba a la carnicería y le pedía a Don Pepe esos cortes especiales que siempre le tenía reservados. Chorizos de cerdo para calentar motores, mollejas, chinchulines, vacío y asado de exportación. Nunca podía faltar la famosa provoleta con orégano y la picada que debía ser humilde para que no nos llenáramos y dejásemos de comer la obra maestra que nos preparaba el viejo con tanto amor. Todo estaba milimétricamente calculado. Yo estaba seguro de que el ritual del asadito era en el fondo una excusa para juntar a la familia. Pero con tristeza puedo decir que no era así.

Ese domingo mi esposa no se sentía bien y decidí pasar temprano solo para saludar y poder volver para almorzar en mi casa con ella y los chicos. Al llegar, el viejo estaba con los pelos parados luchando con los fósforos que no le permitían prender el fuego. Le sugerí que probara con alcohol y por poco me putea. Seguía y seguía intentando, ya se había bajado media caja de los Ranchera y parecía el hijo de Satanás.

Se había servido el tercer vaso del infaltable Vermú y seguía peleando con su torre de carbón que a juicio de mi saber y entender estaba húmedo. Quería rajarme pero no me animaba a decírselo. Estaba hecho una fiera.

Mi vieja daba vueltas y vueltas dándose cuenta de que como venía la mano ese domingo nadie comería asado en esa casa. De pronto suena el teléfono, era mi hermano para avisar que su esposa no se sentía bien y que lamentablemente ese día no iba a poder acompañarnos. Esa fue la gota que rebalsó el vaso. El viejo agarró la fuente de carne, la llevó a la cocina, guardó todo en el freezer y le dijo a mamá:

—¡Vieja! Poné los fideos.